

Angélica Mendoza en los Estados Unidos: un testimonio epistolar.

*Juan Carlos Torchia Estrada **

A cuarenta años de la desaparición de Angélica Mendoza (1889-1960) parece oportuno contribuir a su recuerdo dando a luz algunos testimonios inéditos de su vida intelectual. Se trata en este caso de cuatro cartas, enviadas a quien consideraba entonces como maestro y amigo, don Francisco Romero.

Angélica Mendoza murió pasada la primera mitad del siglo. Apreciamos mejor la distancia si pensamos que el comienzo de sus años formativos se da hacia las alturas del Centenario. También si advertimos que vivió en una época que se cierra con el advenimiento de "nuestros años sesenta", que abren una etapa de signo - digámoslo neutramente- distinto. Su interlocutor en este epistolario, Francisco Romero, moriría un poco después, en 1962 y, a pesar de su prestigio en el exterior, se convertiría, para amplios sectores y por las mismas razones de cambio de época, en una figura inactual. La actualidad o la inactualidad, más fluyentes que el río de Heráclito, están lejos de ser la medida definitiva; pero son un elemento importante para captar lo que ocurre en un determinado momento histórico.

Potomac, Maryland, USA

Después de sus actividades políticas en su ciudad natal y los estudios de Filosofía en Buenos Aires, concluidos en 1938, Angélica Mendoza estuvo ausente de la Argentina unos quince años, la casi totalidad de ellos vividos en Estados Unidos. De las primeras impresiones de ese cambio de vida nos dejó testimonio:

Cuando en un estado de admiración y pasmo iniciaba yo en 1941 mis primeros cursos en Columbia University, el *campus* universitario, con su encanto invernal de nieve y ardillas, era el ámbito de mi divagar y de mi encuentro con la realidad viviente de los Estados Unidos. Una vez, en un corrillo de candidatos al doctorado, oí una pregunta que me dejó perpleja: "¿Sabe usted que el pensamiento que aquí se imparte es operacional [alusión a Dewey]?" Proviendo yo de un mundo cultural en el cual aún eran comunes términos universales y absolutos, con valores trasminados de trascendencia, la palabra "operacional" me produjo una impresión deprimente. Corrieron los años y se acentuaron los afanes por aprehender el sentido y la complejidad de la cultura "americana"; se ahondó mi experiencia en la vida de una comunidad moderna, protestante y capitalista, en la que la técnica ha ejercido un impacto profundo e imborrable históricamente. Identificado mi pensamiento con la lengua inglesa americana y sus giros valorativos, ahincada en el conocer del pensamiento científico, llegué al secreto que siempre ocultan las lenguas y me di cuenta de que, en mi labor de investigación y reconstrucción de mi experiencia, yo estaba también utilizando métodos y procesos "operacionales" para la obtención de la verdad. Había ingresado, pues, al orbe del pragmatismo y del instrumentalismo, sin mayor esfuerzo, simplemente viviéndolo.¹

Posiblemente en aquel momento no pudo anticipar cuánto esa estancia influiría sobre su obra, pues sus dos principales escritos son sendos libros sobre el pensamiento de Estados Unidos: *Fuentes del pensamiento de los Estados Unidos* (1950) e *Ideas contemporáneas en los Estados Unidos* (1958). El análisis de esos libros, como obra crítica en sí y como visión latinoamericana del asunto, todavía se le adeuda.

No debe tomarse a paradoja que esta alma tan argentina haya realizado sus esfuerzos intelectuales más prolongados estudiando el pensamiento de un país culturalmente alejado del suyo. La profundización en lo diferente -y si contrastante, mejor- seguramente le dio perspectiva para comprender mejor su propia realidad, según experiencia hartó

reiterada. A lo largo de la historia latinoamericana después de la Independencia, Estados Unidos ha sido una referencia constante: para la admiración, la imitación, la crítica, el desdén o el franco ataque todas esas actitudes surgiendo lo mismo de buenos fundamentos que de estereotipos injustificados. Mucho menos frecuente ha sido la actitud de estudio, o de aprovechar la vida en las entrañas del monstruo, como decía Martí, para tratar de conocerlo. Angélica Mendoza sí lo hizo, y contribuyó a que el elogio o la crítica puedan basarse más en el conocimiento que en repentismos de opinión. Además, no se limitó a estudiar la filosofía académica, como hoy puede hacerse por razón de simpatía hacia las corrientes filosóficas de habla inglesa, sino que examinó las raíces de un modo de ver el mundo. Como quiera que sea, de esa perspectiva se alimentan los testimonios que muestran estas cartas.

La primera carta aquí presentada, escrita desde Nueva York y en 1945, está dominada por la experiencia de la muerte de Ernst Cassirer, de la que Angélica fue testigo. La narración tiene la fuerza de lo intensamente vivido. El testimonio muestra que tenía cierta cercanía discipular con el filósofo alemán, y la muerte súbita le produjo profunda impresión. Confiesa, en efecto, que se sintió "perdida y agobiada". Interesa lo que narra de los últimos días de Cassirer y del deseo de éste porque aparecieran publicaciones suyas en Hispanoamérica. La autenticidad y eficacia narrativa de esta carta hizo que Romero la transcribiera en un cálido ensayo que escribió posteriormente sobre la "odisea" de Cassirer.²

En la misma carta se muestra satisfecha con la labor que realiza, afirma que sus planes no le dan prisa para regresar, pero no oculta que a veces siente "unas nostalgias negras de mi tierra". Otras alusiones la muestran testigo de acontecimientos importantes en el momento: la muerte de Roosevelt y la espera del "V Day" en el frente europeo de la Segunda Guerra Mundial.

No hay constancia en el archivo de Romero de otras cartas hasta 1952, es decir, siete años después de la anterior, aunque el contexto parece indicar que hubo antes alguna otra correspondencia. En agosto de ese año Romero le escribe con motivo de que ha recibido el número especial que la *Revista Cubana de Filosofía* dedicó a su obra filosófica, y donde hay una contribución de Angélica Mendoza. Con ese motivo le dice: "Leímos en casa con mucho agrado (y unos granos de

enternecimiento) el artículo de usted, tan cariñoso, tan honroso para mí, con su mezcla de lo teórico y lo personal, mezcla tan de mi cuerda, como usted sabe". Le comunica también que la policía ha impedido la continuación de los cursos del Colegio Libre de Estudios Superiores de Buenos Aires, donde Romero desarrollaba gran actividad de enseñanza, pues se encontraba fuera de la Universidad. Y le participa que le han concedido el Gran Premio de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores. Es seguramente a esta carta que contesta la de Angélica de octubre del mismo año de 1952, desde Pátzcuaro, en México. Se encontraba en el Centro Regional de Educación Fundamental para la América Latina, uno de los muchos esfuerzos de asistencia a los entonces llamados países subdesarrollados, que impregnaron el espíritu de la Posguerra. Permaneció allí un año, frente al paisaje que siglos antes habían contemplado Fray Alonso de la Veracruz y Vasco de Quiroga. Narra sus actividades en el Centro y confiesa: "... nunca como ahora he tenido la sensación de estar prestando un servicio con sentido social y ético".

La próxima carta de Angélica se escribe ya de regreso en Nueva York, un año después, noviembre de 1953. Ciertas alusiones no son fáciles de descifrar. Pero anuncia que irá a Puerto Rico por unos seis meses y menciona temas propuestos a Columbia University para una publicación que aparentemente la Universidad le solicitaba. Es digna de retener una indicación sobre un trabajo suyo que ignoramos si se ha conservado en su archivo personal. Dice: "Yo les he remitido un estudio sobre Libertad individual en la sociedad de masas, que son unas conferencias dictadas en un seminario de UNESCO en La Habana, y que se han publicado en la revista de la Academia Interamericana de Derecho Comparado, lo que supone estar inéditas". Y antes había dicho en la misma carta: "quiero escribir algo que hace tiempo tengo entre manos ... y que irá por el camino de la Antropología filosófica". Por último, nunca falta la nota nostálgica: "Ustedes quizás no se imaginen cuántos deseos tengo de volver y encontrarme con mis amigos". Le restaban alrededor de tres años para que pudiera hacerlo.

Vuelve a escribir en enero de 1954. Es la última carta del grupo que hallamos y, por coincidencia, es expresiva del final de una etapa, que sería la penúltima en la vida de Angélica Mendoza. La fortaleza para la extranjería y el alejamiento de los suyos llega a su fin, algo más de trece años después de su descubrimiento del campus nevado de Colum

bia. Problemas familiares son el motivo más aparente, pero hay algo más importante: siente que el largo viaje concluye, que necesita el calor de su gente, y que ha pagado las muchas maravillas recogidas en el camino del aprendizaje y del trabajo exitoso con una cierta soledad que termina por minar las fuerzas del espíritu. El párrafo en que expresa ese estado de ánimo no queremos reproducirlo aquí, para que sea leído en su contexto y como escuchando la voz de quien lo escribió, en un momento de total intimidad. En unos pocos renglones se dibuja la curva de una experiencia central en su vida, para concluir, como final de escena, con la frase: "Hora es que vuelva a casa".

Cuenta también que se encuentra trabajando a fondo en su libro sobre las ideas contemporáneas en Estados Unidos, y que tiene en mente una obra sobre Argentina: "Alguna vez hablaremos de eso". Muestra que todavía resuena en el ambiente en que vive el sentimiento de culpa por la bomba atómica. Y busca en el amigo y maestro confirmación para su intención de retornar al país: "Dígame su opinión respecto a mi decisión de regresar".

La respuesta de Romero expresa dudas. Le dice: "En cuanto a su planes de regreso, francamente, no se qué decirle. Acaso dentro de poco se vea más claro, pero por el momento las perspectivas no son muy alentadoras". Como quiera que haya caído en su ánimo esta respuesta, un año y medio después, en setiembre de 1955, se produciría el cambio político que haría posible el regreso. En 1956 se encontraba nuevamente en su Mendoza natal, donde durante los años que le restaron de vida siguió dando de su intelecto y de su acción todos los frutos de que fue capaz.

Afortunadamente, para Angélica Mendoza no ha faltado el recuerdo y el reconocimiento. Aunque ha habido otras manifestaciones, se destaca sin duda el esfuerzo de Florencia Ferreira en un libro feliz que es a la vez biográfico y antológico, y que establece su bibliografía.³ En prevención de cualquier olvido, de los que nunca faltan, este libro coloca la obra de Angélica Mendoza en el mapa de la historia intelectual argentina.

No cabe duda de que su experiencia en el Norte resultó fundamental en su vida: por la extensión que dio a su formación académica, por la enseñanza que allí ejerció, por los maestros que conoció, y por su compenetración en la vida norteamericana, desde su atalaya de Nueva

York. Así se constituyó un hemisferio de su experiencia que empalmaba sin grietas con el de la primera parte de su vida. Los últimos años en Mendoza debieron ser una síntesis fructífera de ambos.

Las realizaciones de Angélica Mendoza parecen haber sido una sana mezcla de intereses ético-prácticos y vocación de estudio. Sus años juveniles -aunque no sólo éstos- la muestran inclinada a enderezar entuertos en materia de desigualdades e injusticias, fueran éstas gremiales, referentes a la condición de la mujer o propias del problema que presenta la situación siempre pendiente de las grandes mayorías. A la vez, su labor de estudiosa está presente a lo largo de toda su vida. Ahora bien, si se piensa en sus primeras inclinaciones ideológicas, que incluyeron la participación en un partido político cuyo dogmatismo debía, más tarde o más temprano, resultar incompatible con su espíritu libre, algunas de las preocupaciones prácticas mencionadas no extrañan; pero otras, como su inmersión en el mundo del pensamiento, la sociedad y los valores de los Estados Unidos, dejan al lector con deseos de saber cómo, en el tejido íntimo de su mente, se habrá realizado el tránsito entre una y otra estación de su viaje espiritual. Tanto más cuanto que no se encuentran declaraciones de ella misma en sus páginas autobiográficas. No es ésta una curiosidad de anécdota pequeña o la indiscreción de asomarse por las tapias del patio ajeno. Responde sinceramente al deseo de conocer mejor su biografía intelectual, ya que nos inspiran igual respeto las diferentes manifestaciones de su mente y de su emotividad, en cualquier tiempo: todas se bañaron en la misma fuente de la intención sana y desinteresada.

Pero dejemos hablar a Angélica Mendoza, con voz que viene desde aquellos años que han quedado ahora más de medio siglo atrás. Distancia que no es tanto mera lejanía como perspectiva para apreciar mejor el valor de su vida recta, consagrada al pensamiento y las buenas causas. Las "nostalgias negras" de su tierra, de la que hablan estas cartas, muestran que pudo recorrer los más inéditos caminos, pero siempre con su terruño a cuestas. A la vez que la autenticidad de su arraigo nunca fue peso para recortarle el vuelo, como lo demostró con su curiosidad estudiosa de otros mundos.

Notas:

1 "John Dewey". *Revista Interamericana de Bibliografía*, Washington, DC, 1-2, 1962, 58.

2 "La odisea de dos filósofos contemporáneos", publicado en 1950 y recogido en *Estudios de historia de las ideas* (Buenos Aires, Losada, 1953). A su odisea se había referido Cassirer en el discurso de despedida de la Universidad de Yale, y aquí Romero aplica la expresión también a Arthur Liebert, otro filósofo con el que estuvo en relación y del que asimismo habla en el artículo mencionado.

3 *Angélica Mendoza, una mujer en la tormenta. Con una antología de sus textos*. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, 1996.

CUATRO CARTAS DE ANGELICA MENDOZA A FRANCISCO ROMERO¹**[1]**

New York, Abril 20 de 1945

Mi querido profesor y amigo:

El domingo a la tarde ví por última vez la noble cabeza y el perfil de medalla del querido maestro y filósofo Ernst Cassirer. Yacía solo en una de esas horribles y frías casas que aquí se llaman "funeral home", en un ataúd negro y sobrio, iluminado con velas eléctricas. La última vez que lo ví, activo, viviente y generoso, fué el viernes de la semana pasada, cuando estuvo charlando conmigo desde las 11 de la mañana a las doce; Roosevelt había muerto el día anterior y Cassirer estaba profundamente conmovido. Hablamos de tanta cosa; tremenda y absurda que hemos debido padecer en estos últimos quince años y él recordó su cátedra de Hamburgo y de Oxford, los libros que había escrito en estos últimos años y los que aún tenía en preparación. El futuro para él estaba lleno de trabajos y de nuevas posibilidades de enseñanza; era tanta su alegría al contarme que su último libro en inglés *Essay on Man* iba a ser traducido al español en México, que yo no pude menos de decirle: "Profesor; este año es realmente el año de su jubileo", recordando la edición inglesa de toda su más importante obra que acaba de aparecer aquí. Cassirer sonrió complacido; pero era tanta su modestia que no insistió en ello y luego pasamos a considerar el trabajo que yo estaba haciendo. Tomó la primer página del manuscrito y en un español lindo que me recordaba el de Voesler, leyó en voz alta. Y al llegar a una línea que decía textualmente: "las cenizas aún encendidas de la hoguera que ardió hace siglos" (referencia a la Reforma Protestante) me dijo jocosa mente: "¡Esto se puede decir en español y en alemán pero, no en inglés!". Reímos un rato y luego de conversar sobre Cambridge Platonist [sic] y su influencia en los "divinos" de New England, me dijo que le gustaría enormemente que yo le diera lecciones de español. Con gran alegría acepté y fué entonces que me dió a entender el gran placer que tendría en que alguna de sus otras obras apareciera en español. Lo recordó a usted, como siempre ocurría en nuestras charlas, y yo le prometí escribirle a usted en la primera oportunidad acerca de la próxima obra que tenía en preparación en inglés:

The Myth of the State; its origin, its history, its meaning. Creo que fué uno de sus momentos más felices cuando imaginó la posibilidad de que esa obra apareciera en la Argentina, siempre que usted quisiera interesarse. Agregó luego que dos obras escritas en alemán: *Determinismus und Indeterminismus in der modern Physik*, 1936 y *Descartes*, 1939, tal vez podrían también interesar a los estudiosos argentinos. Antes de dejarle en su oficina de Columbia University, aún pude charlar unos minutos en el corredor acerca de una "round table" que tendría lugar en Mayo 9 en la New School for Social Research y nuevamente, le prometí escribirle a usted para pedirle que se ocupara de alguna de sus obras y, también, traducirle un capítulo de su libro en preparación a fin de que usted lo hiciera publicar en la Argentina....

Y ahora yo le estoy escribiendo cumpliendo sus deseos y sus sueños de llegar a la gente de Sud América. Hubiera deseado visitar a nuestro país y hablar en francés o en italiano en nuestras universidades...pero, comprendía que era difícil que le llegara una invitación de un país en donde no había lugar para los "filósofos en exilio". Dos horas después de nuestro encuentro cayó en la calle, frente a Columbia, muerto su gran corazón. Tenía 70 años y creía que G. Moore el filósofo inglés era algo "viejo con sus 76 años". El lunes le dijimos adios sus alumnos y amigos; una tarde gris de esta primavera del Hudson tan cambiante y tan nefasta. El campus de Columbia, con sus lawns de verde vivo y sus "maples" y "birches" cargados de hojitas de verde nuevo, tenía su mismo aire recogido e impecable de siempre; pero yo -que había tenido el privilegio, del consejo y la enseñanza de Cassirer, me sentía -por primera vez en esta tierra- perdida y agobiada.

¿Cómo lo trata la suerte por esos pagos? ¿Cómo están sus chiquillos y Anelise? ¿Qué tal anda el país con su "estado de guerra"? Aquí, después del tremendo shock por la muerte de Roosevelt, el país ha recommenzado con una gran confianza su actividad política; se considera a Truman como el representante logrado del "average man", del hombre que viene desde abajo, primero como muchacho de "farm", luego como empleado de comercio, miembro de la Guardia Nacional, soldado de la otra guerra, protegido después por la máquina electoral del "boss" Pendergast dueño de los votos de una sección del Middle West y más tarde Senador con una honesta y eficiente foja de servicios al país. Justamente fué su última actuación durante la guerra lo que lo reivindicó

ante la gente y su candidatura fué aceptada hasta por los más reacios. Con esto, se demostraba de nuevo que en este país, siempre es posible. tener una dorada oportunidad si uno ha sabido encontrar su "camino de Damasco". Una mujer del pueblo me decía en el ómnibus: "Yo estoy muy contenta; es un hombre como cualquiera de nosotros y no un privilegiado. Ha sabido luchar fuerte para surgir. Su hogar es honesto y no hay divorcios, ni escándalos ni viajes de perros favoritos, dentro de la vida de su familia". (Lo del perro se refiere a un affaire bien triste de uno de los hijos de Roosevelt). Y la opinión de esa mujer desconocida, es la que comparten millones. Después de oírle hablar a Truman por la radio, puedo decir que se trata de un hombre limitado, half educated, pero con un agudo olfato político. La gente conviene en decir que hombres como Roosevelt sólo se cuentan cada centuria y en el juicio de toda la nación, ha pasado a ocupar un sitio aliado de Lincoln. Naturalmente creo que ahora comienza un nuevo capítulo en la historia de las relaciones con toda nuestra América y que hay que estar alerta en el futuro.

Con un grupo de muchachos amigos de Columbia sabemos hacer tertulia y conversar de filosofía y entre los estudiantes hispano-norteamericanos, usted goza de gran aprecio y popularidad. Uno de los muchachos, quería hacer un trabajo sobre las corrientes culturales en nuestra América y el pensamiento de sus hombres eminentes; para ello, contaba de antemano con todas sus publicaciones. Yo le dije que cuando se pusiera a la obra no dejara de comunicarse con usted; y así lo hará. Yo sigo trabajando en la historia intelectual de este país, basando mis investigaciones en el orden histórico. Cassirer nos sabía decir que para hacer una buena labor filosófica había que fundamentarle bien, en matemáticas bien en la historia; y yo me he decidido desde tiempos por la historia. Tomé unos cursos de "Logical Positivism", estudié a Carnap ya otros tíos del mismo mundo, entre ellos el excelente Kauffmann. Pero, debo confesar que a veces me dormía en las clases de Nagel sobre "Teorías de la Lógica". y que me perdonen los lógicos... y la Lógica! La Universidad de Chicago está publicando una serie de cuadernos cuya colección constituirá una Enciclopedia "of Unified Science". ¿Los conoce usted? Una alumna de Cassirer publicó en Yale un libro acerca del "Symbolism of Reason, Rite and Art", llamado *Philosophy in a new key*. La autora es Susanne K. Langer. No he leído aún su obra, pero creo que está inspirada en la Filosofía Simbólica de Cassirer, tan claramente expuesta en su obra *Essay on Man*.

En un libro publicado aquí en inglés: *A Century of Latin American*

Thought de W. Rex Crawford, le dedica un capítulo a Korn, y hace referencias a su obra también, Romero, "The most interesting philosopher in present day Argentina, Francisco Romero,..." También, aparece el nombre de su hermano José Luis.

¿Qué tal van los estudios en la Universidad? Desde aquí, he meditado [lo] fantásticamente interesante que sería estudiar e investigar todo el pasado de la historia intelectual de nuestro país, escarbando corrientes e influencias en el pensamiento formativo de pensadores e ideólogos. Creo que cuando vuelva me meteré de cabeza con Sarmiento...si acaso vuelvo. Estoy trabajando con mucho éxito y alegría en el mismo College y la satisfacción de enseñar cosas interesantes y de interés muy mío, me ata a mi trabajo en este país y me consuela de no poder hacer lo mismo en el mío. Sigo trabajando en mi investigación con toda parsimonia, corrigiendo y retrazando líneas de orientación, procurando hacer conclusiones personales y honestas. Y como debo dedicar al College tres días en la semana, sólo me quedan uno o dos para mis estudios; uno lo dedico a Columbia y el otro a la biblioteca. Luego, el tercero para mis pequeños "business" humanos y necesarios, aunque sea el de charlar horas con un argentino recién llegado de la tierra. No he abandonado la idea de hacer un trabajo sobre su obra, Romero; tengo prometido algo a la New School y deberé cumplirlo antes de regresar. Todo va más lento ahora, porque no tengo prisa de volver; yo quiero terminar en Columbia, conseguir mi Ph. D. y tener realmente mi oportunidad de enseñar en mi tierra. Y no creo que esté maduro el momento. No quiero trabajar en otra cosa que no sea la enseñanza o la investigación...y todavía la gente en mi país no ha aprendido a dar oportunidades a quien puede rendir una labor útil.

Recibí sus recortes que daban noticias de las andanzas y aventuras de un "famoso" ex-aprendiz de pensador, ¿Qué hace ahora esa alimaña? Me gustaría saber que es lo que usted está enseñando este año y las nuevas publicaciones que tiene. Me han llegado todas las que usted me envió y las uso en muchas oportunidades y las presto a amigos. C. Krusé anduvo por la Argentina y me dijo que lo visitó. ¿No es cierto que es un hombre encantador? Un amigo mío, profesor de Filosofía de Río de Janeiro, de apellido Canabrava, me dijo que consiguió la beca Guggenheim gracias a una carta suya. Tiene usted en él, a un leal y devoto admirador; también estaba entre los alumnos de Cassirer.

Bueno, Romero; habría una enorme cantidad de cosas de que charlar; música, exposiciones de arte, política, mercado negro, conferencia de San Francisco, modas literarias, cine y...la mar en coche. Pero, ya es tarde y no quiero entretenerlo más con mi charla. A veces tengo unas nostalgias negras de mi tierra...pero, me las aguanto. Trato, de hacer todo lo que puedo por una mejor comprensión de mi tierra y...trato de comprender a este pueblo, que me fascina con la multiplicidad y enormidad de sus problemas y que me mantiene en un constante y ávido buscar de causas y razones, que me den el asidero para marchar segura en su contradictorio mundo. Escríbame cuando tenga tiempo! Afectos a Anelise y cariños a los pibes. Saludos a su suegra ya los buenos amigos que se acuerden de mí.

Un cordial abrazo.

Angélica Mendoza

PD. Vivimos horas de ansiosa espera por el V. Day que será declarado cuando se encuentren los dos grandes ejércitos: el ruso y el de los otros aliados. Yo lo deseo con toda el alma, antes de que toda Europa sea sólo un escombros. Muchos creen que sólo estamos en el comienzo. Una tarea enorme queda por delante: ¿cómo y cuál habrá de ser el tratamiento que deberá darse a 80 millones de derrotados...?

Vale

[2]

**CENTRO REGIONAL DE EDUCACION FUNDAMENTAL
PARA LA AMÉRICA LATINA**

**Pátzcuaro, Michoacán, México. Teléfono N. S-Cable
CREFAL**

Octubre 16, 1952

Prof. Francisco Romero

Martínez, Buenos Aires, Argentina

Mi querido amigo:

Acabo de recibir una carta de mi madre en la que me envía un recorte de *La Nación* sobre un homenaje que la ASCUA le había rendido con motivo de la publicación de su libro, *Teoría del hombre*. Ya había recibido anteriormente la noticia del Gran Premio de Honor de la SADE para 1951; y junto a todo ello su simpática carta sobre mi artículo publicado en Cuba.

He leído parte del discurso de Erro y me ha impresionado muchísimo, tanto por la agudeza de sus reflexiones como por la intención que lo anima. Yo estoy esperando que me llegue un ejemplar de su libro para leerlo con toda avidez. Hace ya once años que no escucho ni su clase, ni su plática. Me debe pues el sostenido placer de leer su obra más cumplida. Tal vez usted sepa que estoy trabajando con la UNESCO en un experimento educativo entre veinte comunidades indígenas, de la raza tarasca, que viven en las islas y alrededor del lago Pátzcuaro en México. Soy Jefe de Relaciones Públicas y dicto, además, conferencias a los estudiantes sobre problemas de la cultura de América Latina. Los estudiantes son becarios que han venido de todas las partes de América menos Argentina. En su absoluta mayoría son maestros rurales que luego de una permanencia de diecinueve meses regresarán a sus países para aplicar, entre las masas campesinas, los métodos aprendidos en este Centro.

El lugar es maravilloso; una cuenca rodeada de montañas en donde

habitan gentes antiguas que hablan como en los tiempos del Tata Vasco de Quiroga. El General Cárdenas donó su quinta La Eréndira para que funcionara en ella el Centro. Todo me resulta nuevo e inusitado y en la tarea de civilizar me estoy descivilizando. Hace meses que no oigo un buen concierto y si bien he atendido la visita de extraordinarias gentes venidas de todas partes del mundo siempre hablamos de la misma cosa: la Educación Fundamental. Pero nunca como ahora he tenido la sensación de estar prestando un servicio con sentido social y ético.

¿Qué es de la vida de Anelise? ¿y los chiquitos? ¿y la señora Fucks? Recuerdo muy bien su casa de Martínez y las tertulias de algunos domingos. A veces me he encontrado con viejos amigos y compañeros y siempre usted ha estado con nosotros. Con Lida y con Zea también lo recordamos en México. A mi me ha consternado la noticia del cierre del Colegio. ¿Qué más después?

Uno mis felicitaciones a las muchas que usted habrá recibido, y un cordial abrazo. Quizás pueda dárselo personalmente el año que viene. Dígale a Erro que si aún me recuerda y que me haga llegar alguno de sus trabajos. Sé que Reissig sale para los Estados Unidos.

Saludos a Anelise y a los chiquitos.

Afectuosamente.

Angélica Mendoza

Quinta Eréndira, Pátzcuaro, Michoacán, México.

[3]

Angélica Mendoza: 130W 12th St New York

Nueva York, 19 de noviembre 1953

Mi querido Romero:

Mucho me alegro de que en esas condiciones pueda usted encargarse del trabajo. Ojalá que encuentre el modo de hacerla cuanto antes. Aunque no se ocupe de la edición, no sería malo que le diga a Rovira que usted hará el estudio preliminar y se entere de cómo lleva de adelantado el trabajo, dándole cualquier consejo a aclaración que necesite.

No tiene usted razón para entristecerse -salvo desde un punto de vista metafísico- considerando la distancia entre lo hecho y lo propuesto, pues usted mejor que nadie sabe que eso pertenece a la estructura de la vida; y en lo concreto y personal su obra, hasta ahora (y quedan muchos años de labor fecunda, quizás los mejores), es espléndida en todos los sentidos. Pienso yo que, si algo ha dejado por hacer hasta ahora en el terreno teórico; fué por su propensión al magisterio, y ¿quién dice que esa creación en vivo, mediante relaciones humanas, no equivalga y tal vez supere a lo escrito en libros, que de todas maneras sólo es una forma secundaria e indirecta de magisterio?

Yo vaya regresar a Puerto Rico a final del año, y pienso quedarme ahí hasta mayo o junio; quiero escribir algo que hace tiempo tengo entre manos (aunque sólo bajo forma de notas) y que irá por el camino de la Antropología filosófica; veremos lo que sale, si sale algo.

No quisieron aceptarme en Columbia la propuesta que les hice sobre un tema de economía actual, pues decían que ya habían dado el encargo a otra persona; me pedían otra cosa, La revolución industrial, que no figura en mi cuadro de preocupaciones, y así se los dije. Me insisten, muy afectuosamente, en que les haga otra oferta, pues quieren contar con algo mio. Yo les he remitido un estudio sobre Libertad individual en la sociedad de masas, que son unas conferencias dictadas en un seminario de UNESCO en La Habana, y que se han publicado en la

revista de la Academia Interamericana de Derecho comparado, lo que supone estar inéditas. Para el caso de que esto no les guste, les sugería dos temas, el de las generaciones, y una especie de programa para una antropología filosófica, pero sin indicarles fecha ni comprometerme a nada, pues son cosas sin hacer todavía, y dependientes de muchos otros compromisos.

Le agradezco mucho que me hayan recordado con afecto. Ustedes quizás no se imaginen cuantos deseos tengo de volver y encontrarme con mis amigos. Borges parece que viene ahora para acá. En cuanto a Mallea, dígame que -como bien sabe- es uno de mis más queridos amigos, pero que su inhibición epistolar me tiene privado de comunicación directa con él, pues no ha contestado a dos cartas mías y, aunque no se lo tomo a mal, pues lo conozco, no vaya estar enviando mensajes al viento. Lo hice invitar, como a otros amigos, para las fiestas del Cincuentenario, y tenía la esperanza de que se animara, pero al final no lo hizo.

Abrazos muy cordiales

Angélica

[4]

New York January 25, 1954

Gran amigo Romero:

Me proporcionó una real alegría el tener noticias de usted, de Anneliese y de todo el clan familiar. Siempre pensé que no escribía por una medida de prudencia y esperaba la ocasión de reanudar nuestra correspondencia. En casa de Alfonso Reyes ví su libro y pude hojearlo; era el libro que esperaba y que tanta falta nos hace en este momento, aquí y allá, donde usted tiene el mejor testimonio de los tiempos. No deje pues de mandármelo en cuanto pueda, lo mismo que el otro libro que me promete.

Veo que como siempre está lleno de salud y vigor, sobre todo de vigor espiritual. Si las circunstancias me ayudan iniciaré dentro de poco una gira por las universidades de América Central y de la costa del Caribe, donde tendré oportunidad de hablar de sus obras y de su pensamiento. Ya le comunicaré. Dígale también a Anneliese que a lo mejor podremos vemos después de tantos años pues tengo intenciones de regresar, si no para siempre, por lo menos por un tiempo. Mi madre me reclama; todas mis tías han muerto y ella debe sentirse frágil. Yo creo además, que necesito del calor de mi gente; la soledad es destructora y yo desde hace trece años me alimento de mis propios jugos. Es cierto que lo quería y lo necesitaba; pero ahora tengo la sensación que ya he cumplido mi destino en el extranjero. Vine a conocer y a terminar mi formación espiritual; he vivido y vivo intensamente, he sido testigo de los más grandes acontecimientos de la época, he recibido la enseñanza de grandes maestros, he participado en empresas extraordinarias -y todavía lo haré-, he oído la mejor música del mundo, visto el más grande teatro... y padecido experiencias intensas e inolvidables las cuales me han afirmado en mi fe por el hombre y en mi piedad por su destino. Hora es que vuelva a casa....

Estoy abrumada de trabajo y metida hasta las orejas en la preparación de un libro para el Instituto Panamericana de Historia y la Rockefeller

Foundation. Se trata de presentar en un libro de 250 páginas el panorama actual de las ideas en los Estados Unidos. Si de esta empresa salgo con ojos y de buena salud, me daré por muy feliz. Además, he prometido otro pequeño libro sobre México, a la serie "México y lo Mexicano". Allá perdida en algún rincón de mi sesera, tengo un proyecto de libro sobre la Argentina. Alguna vez hablaremos de eso. Dígame su opinión respecto a mi decisión de regresar.

Por aquí las cosas siempre están llenas de interés. Pero a veces el sentido de una angustia inmensa y asfixiante nos ahoga a todos. Hay un tremendo sentimiento de culpa por la bomba atómica; pero ocurre entre los que piensan y crean y trabajan. He llegado a convencerme Romero, que *el mal existe*; está en la entraña de nuestra condición. Y esta es la era demoníaca de la historia. No crea que [me] he hecho teóloga; pero, la meditación no lleva a un camino iluminado.

Sergio Sagú me ha pedido que le entregara mi cheque de *Imago Mundi* para depositario aquí en una cuenta de José Luis. Le ruego pues que me haga mandar la revista si bien estoy segura que Sagú les escribirá. La revista es excelente; un esfuerzo inmenso que bien merece la duración de muchos años. En caso de marcharme ya le enviaré mi nueva dirección. Recuerdos cariñosos a Anneliese, su mamá y las niñas. No olvide de saludar a mis amigos que me recuerden.

Un abrazo cordial,

Angélica Mendoza

Nota:

1 Salvo en caso necesario para completar la frase y en una errata muy visible, el texto de las cartas se transcribe sin corregir los pequeños errores tipográficos.